

SOBRE LA HISTORIA DE LA FILOSOFÍA¹*Historia y prehistoria de la Filosofía*

La falta de claridad que hasta ahora domina sobre la esencia de la filosofía, oscurece asimismo las tareas que incumben a la historia de la filosofía. Por eso es conveniente avanzar también algunas consideraciones fundamentales dentro de una representación histórica de los problemas filosóficos y de los intentos de solución, y determinar la situación de la que ha surgido una tal representación.

Esta situación depende esencialmente de la contestación a estas dos preguntas: ¿Qué es, en suma, *Historia*? Y ¿qué es *Historia de la Filosofía*, particularmente, historia de la *Metafísica*?

La palabra "Historia" es ambivalente. Puede referirse al hecho mismo y también a la idea (*Darstellung*) de este hecho. Historia en el primer sentido constituye el objeto de lo que se llama historia en el otro sentido, y más exactamente, de la idea (*Darstellung*) de la historia. Ahora bien, evidentemente no todo hecho es ya historia y nos preguntamos: ¿qué es lo que marca, lo que confiere el carácter histórico a un acontecimiento? Sin duda, yo sostengo que se tiene que poder mostrar en el hecho en cuestión un *objeto idéntico* que en el decurso del acontecimiento admita sucesivos estados distintos, y un *desarrollo* en el que esos estados se aproximen progresivamente a un fin específico.

Los *problemas filosóficos* constituyen el objeto idéntico en la historia de la filosofía y el objetivo de su desarrollo es la *solución* de estos problemas; se puede decir que la historia de la filosofía misma no es sino la sucesión de soluciones que logran cada vez mejores respuestas a cada problema.

La posibilidad de aproximar un problema a su solución en un trabajo planificado depende, sin embargo, de si el propio problema está suficientemente delimitado y planteado con bastante claridad. A partir de ello se distingue la historia de la filosofía propiamente dicha de aquella mera *prehistoria*. La historia misma empieza primero en el lugar donde la investigación filosófica puede levantarse sistemáticamente a la luz de planteamientos de problemas suficientemente agudos. Mientras no se hace esta clarificación, se trata de buscar soluciones de un modo que se puede calificar más de tanteo en el crepúsculo que de búsqueda sistemática. Estos estadios de la mera prehistoria deben ser considerados en las investigaciones existentes sólo en tanto que ello es necesario para poner de relieve el punto en el que empieza la historia de la filosofía propiamente dicha.

1. Traducción del texto alemán publicado en el libro de WILLI EICHLER y MARTIN HART, *Leonard Nelson. Ein Bild seines Lebens und Wirkens*, París, Éditions Nouvelles Internationales, 1938, págs. 3-12. En este libro, a excepción de una presentación sobre NELSON de XXXI páginas, se dedican las restantes 446 a la recopilación de textos (a veces fragmentarios) del propio NELSON.

La tarea histórico-cultural de la filosofía

La determinación de este punto depende a su vez del lugar donde se sitúe la propia tarea de la filosofía y en qué se reconozca el carácter filosófico de un problema.

Según se parta, al responder a esta pregunta, de un punto de vista *histórico-cultural* general, o de uno especialmente *científico*, recae en aspectos distintos el punto esencial de la contestación.

Histórico-culturalmente considerados, los problemas filosóficos son el resultado de la relación de la filosofía con la cultura en general. Sus cometidos proceden de la relación con la vida misma y con los ámbitos propios de la vida, especialmente de su relación con la religión, la cultura, la moral, la educación y el estado. Los objetivos supremos de la filosofía, vistos desde este punto de vista general, siempre dentro de la filosofía práctica, es decir, en lo que la filosofía significa para la vida misma, se encuentran en la ética, en el sentido más general de esta palabra. La premura de este quehacer filosófico proviene de que el hombre no quiere permanecer ciego e indefenso ante los hechos de la vida; necesita claridad sobre las reglas con las que puede juzgar razonablemente estos hechos, y más aún, desarrollar adecuadamente objetivos razonables. Así pues, la filosofía debe informarle sobre los últimos fines y objetivos de su vida. Estos fines y objetivos nunca pueden ser inferidos de una investigación de los hechos, sino que solamente se pueden alcanzar desde un punto de vista que está por encima de los hechos y es independiente de ellos. Un punto de vista tal y sólo éste puede llamarse *filosófico*.

Quien quiere penetrar en dicho criterio, tiene que superar múltiples obstáculos. Ante todo, se tiene que liberar del predominio de hechos tales como la fuerza de la tradición, la convención, la costumbre y todo tipo de autoridad, que tienden a dictar a los hombres las reglas de sus juicios y acciones. Independientemente de todas estas influencias, tiene que investigar, siguiendo las palabras de SÓCRATES, las leyes no escritas que le prescribe su propia razón, libre de todas las fuerzas que le son externas.

Sobre estas verdades filosóficas, que no son verdades de hechos, sino que tienen que establecerse independientemente de todo conocimiento de los hechos, el estudioso puede, no obstante, alcanzar claridad *sólo a través del pensar*. Ahí aparece la segunda dificultad que le sale al encuentro. Ella obliga a tomar en consideración el cometido de la filosofía desde el segundo punto de vista, el propiamente científico.

Filosofía como ciencia

Basta con caracterizar a la filosofía como una *ciencia del pensamiento puro* para diferenciar suficientemente a la filosofía de todas las demás ciencias y para poner de manifiesto las dificultades peculiares de su quehacer científico.

Si el fin de la filosofía, desde una comprensión histórico-cultural, consiste

en construir una concepción general del mundo y de la vida, es así porque considera científica su tarea de *fundamentar* esta concepción general del mundo y de la vida. Esta fundamentación permite, ante todo, que la multiplicidad de los propios juicios filosóficos quede reducida a determinados juicios fundamentales (Grundurteile). Pero esta reducción sirve sólo a los fines últimos de destacar el problema científico *propio* de la filosofía, o sea, la cuestión de la verdad de estos mismos juicios fundamentales. Sin una respuesta a esta pregunta la filosofía tan sólo hubiera establecido su sistema sobre principios elegidos arbitrariamente, lo cual es incompatible con el carácter de la ciencia en el sentido más riguroso de la palabra; por otra parte, su sistema puede ser todavía construido consecuentemente. En oposición a toda filosofía dogmática basada en presupuestos aceptados arbitrariamente, sólo una filosofía crítica, que acepte fundamentar los principios de su sistema, puede satisfacer las exigencias de la ciencia.

¡Una idea ciertamente paradójica! Si la tarea aquí descrita tiene solución o no, es uno de los mayores enigmas, según se desprende de la historia de la filosofía.

La historia de la dialéctica

En contraste con la concepción general del mundo y de la vida, que debe proporcionarnos la filosofía, el conjunto de los medios para la fundamentación de estos resultados se puede resumir bajo el nombre de la dialéctica. Por consiguiente, la dialéctica es, en relación con la concepción del mundo, un mero medio para alcanzar el fin, por lo que considerada desde el punto de vista de la ciencia equivale precisamente a lo esencial. La cuestión de si es posible y cómo una concepción del mundo científicamente fundamentada se halla, a su vez y por completo, dentro del dominio dialéctico, y, sólo si puede ser contestada afirmativamente, tiene interés científico la historia de la filosofía.

El alcance de la dialéctica para el desarrollo histórico de la filosofía como ciencia no consiste en que las teorías de la concepción filosófica del mundo se hayan logrado gracias a su fundamentación dialéctica, de modo que esta misma concepción del mundo sólo fuera posible tan pronto como se alcanzan en cada caso los medios para su fundamentación. Ni en la filosofía ni en ninguna otra ciencia el progreso científico se obtiene de esa manera.

Quien conoce la historia de la ciencia sabe que sólo los descubrimientos insignificantes, que, en el fondo, apenas merecen este nombre, son hechos por medio de su conducto. En los casos decisivos ocurre lo contrario: primero se descubre la verdad, y, luego, si marcha bien, viene su fundamentación científica. La realización de la fundamentación en la forma más estrictamente científica es siempre el final y nunca el principio de la ciencia.

Se quisiera apreciar el valor de verdad de una proposición a partir de la perfección (Vollkommenheit) de su fundamentación, en un estado de la ciencia que todavía forma parte de su historia, y que, por tanto, se sitúa antes del desarrollo completo de su sistema; de este modo se impulsaría a extraer de la ciencia las verdades significativas y los descubrimientos pro-

fundos. Por de pronto parece extraño; pero si se hubiera procedido realmente siguiendo esta regla, difícilmente se habría podido obtener incluso algo tan simple y elemental como la tabla de multiplicar. Todo conocedor admitirá que, hasta la actualidad, no existe todavía una fundamentación rigurosa o, por lo menos, generalmente reconocida de la tabla de multiplicar.

Un ejemplo menos extremo, pero especialmente significativo no sólo para todo el rumbo ulterior de la historia de la ciencia, sino también para el desarrollo del espíritu humano, es el modo cómo KEPLER consiguió el descubrimiento de las leyes que llevan su nombre y llegó a ser el iniciador de las ciencias naturales modernas. El matemático francés HENRI POINCARÉ ha hecho notar que este descubrimiento de KEPLER sólo fue posible gracias a que en su investigación sobre la órbita de los planetas partió de observaciones poco precisas. Las leyes de KEPLER son igualmente válidas aunque sólo con una cierta aproximación y deben su forma simple a la limitación de esta aproximación. El camino hacia esta forma más simplificada se abría, en primer lugar, gracias a la inexactitud de las observaciones de las que KEPLER partió y de las que dependía. Si él hubiera dispuesto de observaciones exactas con las que contamos nosotros gracias a la ayuda de los modernos métodos de medida, no sólo no hubiera tenido lugar su sistema, sino tampoco el de sus continuadores, especialmente de la dirección que dio lugar al descubrimiento de NEWTON de la ley de la gravitación universal. Pues esta dirección se guiaba por las leyes de KEPLER y, psicológicamente, no podía guiarse de otro modo. Además, ya se ha señalado desde hace tiempo por POINCARÉ, y más de un siglo antes por ERNST FRIEDRICH APELT en su buen libro, en conjunto digno de leerse, sobre *La reforma de la astronomía*, cómo KEPLER, por las observaciones consideradas, sólo llegó a su descubrimiento por la especial concurrencia de dos fallos, de los cuales precisamente uno compensa al otro en sus conclusiones.

Otro ejemplo —que igualmente es extrínseco a la historia de la filosofía pero que precisamente por ello, indirectamente, puede ser tanto más instructivo para su comprensión— lo ofrece la historia del cálculo diferencial e integral. Esta ciencia se enseña hoy a todos los estudiantes de física y matemáticas en el primer semestre, y, ciertamente, según el método de fundamentación estricto del que esta ciencia dispone en la actualidad. Pero esta ciencia no se ha logrado por medio de una tal fundamentación. Primero se afianzaron sus resultados y la fundamentación llegó más tarde, en el curso de un trabajo secular y arduo. Si se hubiera querido que la confianza en la verdad de las proposiciones decisivas para esta ciencia dependiera de la exactitud de su fundamentación, se habría impedido el nuevo y completo desarrollo de la matemática y de las ciencias exactas.

Más que cualquier otra ciencia la filosofía se ha demorado en su desarrollo histórico porque los sucesores de un investigador importante abandonaron sus resultados, por encontrar defectos y lagunas en sus fundamentaciones. Hubieran hecho mejor en trabajar en el perfeccionamiento de estas fundamentaciones, en lugar de abandonar los descubrimientos de su maestro.

Un ejemplo clásico sobre el particular es el de la suerte que corrió la teoría de las ideas de PLATÓN y sus hallazgos relacionados con ella. ARISTÓ-

TELES, el propio discípulo de PLATÓN, abandonó las adquisiciones de su maestro por la impresión de la imperfección evidente de la dialéctica platónica. Los sucesores de ambos siguieron durante siglos el camino de ARISTÓTELES. Por primera vez en KANT, se encuentran otra vez proposiciones que logran dar entrada en la ciencia a los hallazgos platónicos. Y es notorio: aquí se repite igualmente la misma función. Los progresos que KANT hizo apoyándose en la teoría platónica de las ideas, volvieron a ser a su vez abandonadas por sus discípulos, porque no se podían reducir los defectos inherentes a su fundamentación dialéctica.

El peligro de tales reacciones en la filosofía es especialmente grande y proviene de la esencia de esta ciencia. En las verdades filosóficas se trata de las verdades necesarias a la razón humana, que son ciertas de todo conocimiento de los hechos, y por lo tanto independientes de toda experiencia; verdades, por consiguiente, cuyo ámbito es delimitado por la propia razón, de modo que el pensador más sabio y profundo no puede ampliarlas ni acrecentarlas. Estas verdades filosóficas no son tampoco propiamente descubiertas, en el sentido en que se descubren nuevos hechos, que por primera vez se hacen asequibles al conocimiento humano gracias a su descubrimiento. Por el contrario, el conocimiento filosófico es en rigor un bien común de todo filósofo realmente importante. Con ello se aclara un hecho, que se ha observado con frecuencia sin que se hubiera podido aclarar, o sea, el hecho de que a menudo se encuentren ya en los filósofos más antiguos las verdades más modernas. Estas verdades pertenecen de hecho a todos aquellos en general que en sus convicciones filosóficas tienen seguridad suficiente como para no hacer depender sus convicciones relativas a la concepción del mundo de la situación de los recursos dialécticos, con la que cuentan para la fundamentación de su concepción del mundo, sino que perseveran en su sentimiento de verdad a través de su más o menos imperfecta dialéctica. Lo que este sentimiento de verdad, considerado psicológicamente, sea, puede quedar provisionalmente pendiente; aquí es suficiente la constatación de que existe un tal sentimiento de verdad, es decir, un dictamen determinado de la verdad, cuya seguridad se mantiene firme en toda fundamentación dialéctica.

Por otra parte, este hecho no significa la invalidación de la dialéctica. Se mantiene que los progresos en el ámbito dialéctico representan las etapas decisivas para el desarrollo de la filosofía como ciencia. Pues cualquier seguridad del sentimiento no puede ofrecer ninguna satisfacción para la aclaración científica y la unidad sistemática, que puede ser lograda en primer lugar a través de la fundamentación del conocimiento. La ciencia empieza primero allí donde se trabaja en la fundamentación de la verdad, siempre que el investigador filosófico también está de antemano seguro de esta verdad gracias a este sentimiento, y sólo por esto, porque él lo está, se propone la tarea de su fundamentación dialéctica.

El progreso en la solución dada a este quehacer y no el contenido de la concepción del mundo, que fundamentalmente es igual para todos los grandes filósofos, asigna a un investigador su lugar en la historia de la filosofía.

El problema de la ciencia expuesto aquí, de dar forma científica a las verdades necesarias de la razón humana, se soluciona por el perfeccionamiento, cada vez mayor, alcanzado en la técnica de abstraer. El conocimiento de las verdades filosóficas yace en y por sí (*an und für sich*) en el espíritu de cada cual, pero originariamente no se encuentra en el espíritu humano disociado de por sí, separado de los otros conocimientos. De ello se ocupa el quehacer dialéctico científico, efectuando artificiosamente esta separación, a fin de lograr la clara comprensión de la verdad filosófica.

La técnica de esta abstracción se desarrolla primero paulatinamente en el curso de la historia de la filosofía. Gracias a este desarrollo y sólo a través de él, la filosofía puede alcanzar la categoría de una ciencia.

Este desarrollo no está limitado a lo individual, de modo que cada cual tendría que encontrar de nuevo por sí mismo la técnica de la abstracción, sino que esta técnica puede progresar de generación en generación, gracias a lo que, quien ha profundizado en este sentido, transmite como maestro a sus discípulos. Las reglas de esta abstracción se pueden aprender y de ello depende la posibilidad de un progreso en la historia de la filosofía y, únicamente de ello, depende la posibilidad de la historia de la filosofía misma.

Entonces aparece claro el rasgo esencial decisivo de la historia de la filosofía: la razón, la capacidad originaria del conocimiento filosófico, no se desarrolla ni tiene una historia. Sino que el progreso histórico se sigue del desarrollo del entendimiento, de la capacidad, por tanto, de reflexionar y así de comprender en abstracto el conocimiento filosófico que se da a conocer en el sentimiento de verdad, independientemente del perfeccionamiento dialéctico, y de tomar conciencia (*für sich*).